

al maestro cinco minutos de tranquilidad en tres horas. Confirmábase todo esto en su opinión de que solamente una mujer puede tener el género de paciencia que se necesita para clases de esa índole, que, antes que aulas de una escuela, son todavía continuación del asilo infantil. Veíase á lo mejor obligado á bajar de su asiento para separar á dos que se habían agarrado por los pelos para disputarse un clavo, ó tenía que interrumpir su explicación para mandar á otro que se limpiase las narices. Debía, á más de todo eso, registrar los bolsillos de los muchachos, buscar aún dentro de la boca alguna cosa que negaban tener, arreglar los abriguitos para la salida, apoderarse de la prenda que uno robaba á otro, examinar con atención las cabelleras, curar las heridillas leves, pasar revista á todas las caras, para enviar, á lo menos, á las últimas filas á los escolares que no se habían lavado en tres ó cuatro días. Prescindiendo de esto, ¡qué vastísimo campo de observación y de estudio le ofrecía también aquella edad! ¡Qué variedad de caracteres entre el que se desesperaba sinceramente por una gota de tinta que cayese en su cuaderno, y el que parecía haber mamado en el propio pecho de su madre una indiferencia suprema hacia todas las cosas humanas! ¡Qué casos tan extraños de inteligencias oscuras que, después de tres ó cuatro meses de sueño, se despertaban y se aclaraban de pronto, como si las hubiese tocado un rayo misterioso, y de otras que, en el intervalo de muy pocos meses, sin razón alguna ostensible, se encogían, si así puede decirse, no recibían ninguna idea, ni siquiera daban señales de un progreso mecánico en el trabajo de la escritura!

Tenía Emilio en aquella clase algunos tipos originalísimos, que le proporcionaban asuntos de observación, de estudio y de entretenimiento continuos. Había uno entre ellos que fué para Emilio una prueba viviente de cómo y cuánto ha menester un maestro de niños, á más de las otras cualidades necesarias para la enseñanza, gran astucia, y de lo difícil que es, aún al maestro perspicaz y astuto, llegar con su suspicacia hasta las últimas profundidades de la hipocresía infantil. Era un chico de siete años escasos, con aspecto

de un ángel de Murillo, y con dos ojos que parecían los ojos de la inocencia; el tal muñeco estuvo, como vulgarmente se dice, toreando á Emilio por espacio de tres meses enteros, sin más que amontonar invenciones sobre invenciones para justificarse de no haber hecho el trabajo que llevaba para casa. Llegaba una vez con una mano vendada y con el espanto pintado en el rostro, y refería, con lujo de pormenores, de qué manera se había caído y causándose una herida, con peligro de muerte, y repetía las palabras de consuelo que le habían dirigido sus padres y el plan curativo prescrito por el médico. Otra vez era que se había visto precisado á prestar su ayuda al padre y á la madre para trasladar muebles desde una habitación á otra con motivo de un principio de incendio, que había producido tales y cuales daños, y que había sido dominado al poco tiempo y con gran oportunidad por los vecinos, entre los que había estas y aquellas personas, que habían dicho esto y lo otro. En otra ocasión había estado en revolución toda la familia por su padre, que se había caído por la escalera y casi se había roto una pierna por perseguir á un ladrón que se había introducido de noche con una cerilla en cierto rincón donde guardaban gran cantidad de comestibles; pero como desde una ventana de enfrente lo hubiese visto una vecina, comenzó á gritar, y el ladrón, huyendo, había perdido la gorra; una gorra que era así y así. Eran todos hechos complicados y dramáticos, narrados con tal minuciosidad y con tan franca desenvoltura, y presentados con tal verosimilitud en la expresión del rostro y en sus ademanes, que el hombre más desconfiado del mundo le hubiese creído. ¡Y no había en todo ello ni una palabra de verdad!

Pues iba á la escuela otro muchacho tan original como éste, si bien de carácter completamente opuesto; obstinábase éste en establecer entre él y el maestro, sobre todos sus discípulos, una especie de familiaridad fraternal; á cada instante bajaba de su asiento para ir á donde Emilio estaba y pedirle al oído un consejo, haciéndole mil confidencias de familia, procurando siempre acompañarlo al salir de la escuela,

como si necesitase hablarle de cosas que solamente á los dos interesaban.

Casi casi se daba con el maestro aires de protector cariñoso: le limpiaba cuidadosamente la mesa antes de que él llegase, reprendía con cierta ostentación á sus camaradas cuando producían demasiado ruido; alguna vez le llevaba como regalos objetos que robaba en su casa. Y por más que el maestro procurase alejarle de sí, tornaba el muchacho á pegársele con tenacidad; con sus condiscípulos simulaba haber recibido del profesor encargos confidenciales que no podía revelar á nadie; hasta llegaba en presencia de todos, cuando Emilio le reprendía por no haber sabido la lección, á dirigirles fingidos signos de inteligencia, como dando á entender que era cosa convenida entre ellos dos que aquella reprensión fuese una mera formalidad, que llenaban por el bien parecer. Lo mejor de todo esto era que el muchacho hacía creer lo mismo á sus padres, quienes, satisfechos y casi asombrados, iban á dar gracias al maestro por las preferencias inmerecidas que dispensaba á su hijo.

Pero otro, más original todavía y que verdaderamente alegró á Emilio Ratti durante el año académico, era un tal Fusta, de siete años, hijo de un zapatero de viejo; un espíritu cómico de precocidad maravillosa; pequeñuelo aún para su edad, muy barrigudo, de piernas arqueadas y voz nasal; una cara reducida de presbítero linfático, seria y burlona á un tiempo mismo. Tenía el tal, modales, contestaciones, salidas que, hacían reír á Ratti aún á pesar suyo, delante de los discípulos. El muchacho se había revelado desde los primeros días: una vez, como el maestro le viese dirigir un signo de reproche á cierto alumno próximo al aludido, le preguntó el por qué: el muchacho se apresuró á contestar, con el mayor comedimiento, sin dejar de escribir y sin levantar siquiera los ojos del cuaderno:

—Nada, señor maestro; ha sido un cañonazo.

Conservaba éste gravedad ridícula de hombre maduro, en todas ocasiones. A un condiscípulo que le rozaba la espalda al pasar por encima del banco para

ir al excusado, le decía con mucha seriedad, interrumpiendo la lectura del silabario:

—Pase usted, caballero.

Cierta mañana llegó á la escuela cuando ya había comenzado la clase, y como el maestro le reprendiese por aquella tardanza, se detuvo en medio de la sala y respondió muy grave, con una expresión eminentemente cómica de disgusto y enojo:

—Mi madre quiere que yo haga los recados antes de venir á la escuela; aquí me reprenden porque llego tarde; no sabe uno cómo arreglarse.

Habiéndole preguntado otra mañana el maestro por qué no había estudiado la lección, le respondió con mucha dignidad:

—Me han purgado.

Cada día llegaba con una ocurrencia nueva. Al cabo de dos meses de escuela, Ratti no podía mirarlo sin reírse, y se había impuesto la obligación de no preguntarle sino muy pocas veces, para no ser él quien diese á los alumnos la señal de romper en risas. Como hubiese tenido media docena de discípulos de aquella especie, habríale sido imposible dar clase.

VISITA DE POLICÍA

Hacia fines de aquel invierno, Emilio hubo de abandonar por algunos días su clase—en que le sustituyó el teniente cura—para reemplazar al señor Delli, que estaba enfermo de la garganta; y también sustituyó al enfermo en la escuela nocturna, á la que concurrían unos veinte, entre mozos y hombres hechos y derechos; aldeanos unos, obreros otros. Muy descuidado explicaba Emilio á sus veinte discípulos, cuando en la tercera noche cate usted que se le plantan en la escuela el alcalde y el delegado. De pronto se le ocurrió la idea de que el alcalde había obedecido, para hacer aquella visita, á las sugerencias del funcionario viejo, que sospechaba, sin duda, de la propaganda republicana que Emilio Ratti podía hacer; parecióle así-

mismo, cuando volvió á pensar en esto, que había oído (aunque sin prestar atención) antes de que los visitantes entraran, cierto rumor ligero detrás de la puerta, como de gentes que estuviesen escuchando y diesen patadas en el suelo para atenuar el frío. Emilio, así que los vió entrar, corrió á su encuentro. El alcalde, que jamás visitaba la escuela nocturna, por la que sentía, al parecer, cierta especie de repugnancia, adelantóse hacia Ratti con el rostro risueño. El pensar en que pudiera hallarse en aquellos bancos algún incendiario, pretérito ó futuro, de sus viñas, inspirábale, á lo que se veía, gran sentimiento de benevolencia hacia los alumnos... Examinó con atención los cuadernos de varios, escuchó cómo leían cinco ó seis, y con todos y por todo se congratuló, mostrándose maravillado de los progresos que habían hecho en tan poco tiempo.

—¡En cuatro meses!—exclamó volviéndose hacia el maestro, mientras leía el último.—¡Sabe usted que es cosa de prodigio!

Repartió entre los jóvenes sendas palmaditas en la espalda. A un obrero que le mostró una página escrita en aquel instante, le dijo:

—¡Después de un trabajo de todo el día! Es admirable, vamos, es admirable.

Prometió, además, disponer que se agregase una luz á la sala, y manifestó deseos de caldear más la escuela, que encontró demasiado fría. Pero el delegado estaba muy lejos de tomar parte en aquel enterneamiento del alcalde. Penetró en la escuela con el semblante obscuro, miró en rededor suyo muy atentamente, como podría hacerlo un comisario de policía al entrar en una casa sospechosa; no fué, como el alcalde, acercándose á los bancos de los alumnos; permaneció de pie, rígido, cerca de la mesa del maestro, observando con gran atención, unos en pos de otros, á los alumnos barbudos que se levantaban á leer y que proferían, con sus voces rudas, casi blasfemias cuando se rozaban en alguna palabra. De pronto, y en el momento en que se levantaba uno de los más maduros, un robusto carretero de rostro curtido, que unos tres meses antes se había roto una pierna, cogida por la rueda

de un carro, el delegado preguntó en voz baja al maestro:

—¿Quién es este alumno?

Emilio contestó que no lo sabía.

—¿Cómo es posible?—preguntó el delegado con aire de desconfianza.

Pero el alcalde se apresuró á tranquilizarle diciendo el nombre del alumno y haciendo observar al delegado lo natural que era que Emilio Ratti, sustituyendo al señor Delli desde hacía tan pocas noches, no conociese aún los nombres de todos los alumnos.

Mientras leía otro discípulo un trozo del libro de lectura en el cual se decía que el Gobierno de Italia era «monárquico constitucional», el delegado miró sucesivamente al maestro, al alumno que leía y á los otros discípulos, como para coger al vuelo algún guiño ó alguna seña furtiva con que pudiesen aludir maliciosamente entre ellos á las notas revolucionarias que en otras noches, cuando no había allí testigos importunos, ponían. Como el alumno hubiese leído con voz algo apagada la última frase del periodo, «por la patria» y «por el rey», gritó el delegado: «¡Más fuerte!» casi con ira y lanzando amenazadoras miradas al maestro.

—Palabras son éstas—le dijo,—que es conveniente y aún necesario enseñar á leer con voz vibrante, porque son la expresión del sentimiento nacional, la voz de la conciencia y del corazón de todos. ¡Por la patria y por el rey! Más destacado todavía: ¡POR EL REY!

Y como si aquella palabra despertase en su ánimo otra sospecha, se aproximó á la pared para examinar atentamente el retrato del monarca, una litografía de grandes dimensiones en la cual encontró una mancha, de la que exigió cuenta con el entrecejo fruncido. Emilio hubo de levantar un poco el cuadro para hacer ver al delegado que la mancha había sido producida por la humedad de la pared, que había enmohecido también el marco. El alcalde se sonrió, como si quisiera decir: «¡Niñerías!» y prolongó su sonrisa para que los alumnos echasen de ver que él había comprendido la cosa.

Por último, cuando el alcalde se encaminó hacia la puerta, el delegado, sin perder de vista ni al maestro ni á los discípulos, fué detrás del alcalde sin decir una palabra; pero cuando llegó al rincón próximo á la puerta, tomó por equivocación, en lugar de su bastón, otro más pesado y más grueso que estaba al lado, y se lo presentó al maestro, preguntándole quién era el amo de aquel garrote. Era del carretero que todavía cojeaba. Al decir esto, advirtió Emilio que el delegado blandía el bastón para cerciorarse de si tenía ó no estoque. Para disimular de algún modo aquel acto, se apresuró á decir, con inusitada cortesía:

—Buena escuela, señor maestro.

Y cerró la puerta, no sin mostrar, por última vez, á través del ventanillo, su descolorido semblante.

La relación de esta visita alegró de un modo extraordinario al organista.

—¡Ah, viejo conejillo pelado!—gritó.—Yo soy, sépalo usted, quien le amarga de ese modo las horas. Ese, créame usted, se ha de morir de un susto fulminante, á la primera noticia que á Bossolano llegue de la ruina final. ¡Ah! Cuando el espanto ha llegado á tal extremo en los que tienen asiento de preferencia en el festín, señal segura es de que el momento supremo se aproxima. Señal segura es asimismo de que no tendrán aliento ni aún para oponer una resistencia de mera fórmula; formarán una masa con los brazos colgantes y la camisa sucia, y no tendremos que hacer más que dispersarlos á escobazos. ¡Ah! ¡Qué Carnaval se nos prepara! ¡El verdadero martes de Carnaval del género humano!... ¡Y pensar que nosotros hemos de verlo, querido Ratti! Y al decir esto abrazaba una silla y valsaba con ella delante del piano.

EL ORGANISTA Y LA MAESTRITA

Pero el organista tenía, de algún tiempo á esta parte, otro pensamiento: la maestra señorita Riccoli, en la cual había advertido él que producía una impresión extraordinaria. Es necesario advertir primeramente que la maestrita había llegado á ser la diversión de todo

el pueblo; una especie de juguete con el cual se divertían todos y al que nadie quería mal. A este resultado contribuía muy especialmente la fama que sus mismas discípulas daban á la maestra. En la escuela aquella pobre joven no tenía método alguno; salía adelante á fuerza de caricias, de súplicas y hasta de dulces, repartiendo confites á manos llenas, dando á las niñas las lecciones y la labor que ellas querían, riendo y jugando con ellas y llegando al extremo de llorar en presencia suya cuando abusaban con exceso de su tolerancia. Esta fama de debilidad infantil; que se armonizaba perfectamente con el aspecto de su cuerpecito de muñeca, daba mayor aliciente para los hombres al terror grande á su sexo, que había sido la primera manifestación del carácter de la maestrita. Por esta razón, no solamente había en el pueblo quienes le dirigiesen miradas tiernas por verdadera simpatía, sino también otros muchos que por mero pasatiempo fijaban en ella miradas de brutales deseos, ó paseaban debajo de sus balcones con aire de enamorados resueltos á todo. Como, por otra parte, había horas fijas y determinadas en que era seguro verla pasar para ir á la escuela y volver á casa, algunos de ellos, sin molestarse mucho, se escalonaban en el camino de la maestrita á esas horas precisamente, ya colocándose en una esquina, ya en la puerta de alguna tienda, para darse el espectáculo de aquella inconcebible timidez; espectáculo que en verdad no dejaba de ser divertido, porque no bien la joven alcanzaba á ver desde lejos uno de esos que la esperaban, comenzaba á turbarse, daba pasos ya demasiado cortos, ya demasiado largos, no sabía á dónde volver los ojos y tropezaba, ora con una, ora con otra de las tres ó cuatro niñas, que llevaba siempre en su compañía para no encontrarse sola en aquellos peligros. Entre los que se proporcionaban á sí mismos aquella diversión, estaba hacía muy poco tiempo el organista, y para él precisamente el espectáculo era más curioso que para los demás, porque aquel abdomen pronunciado, aquella cara espaciosa, afeitada y burlona, aquel sombrero caído sobre la oreja, aquel aspecto de descamisado victorioso, producían en la muchacha el efecto mismo que hubiera

podido producir el espectro de la Revolución que la contemplara como una de las víctimas vírgenes de la burguesía predestinadas á las venganzas lascivas de la plebe. Cuando la pobre maestra había de pasar por delante del organista, se aturdió por completo, y no sabía por dónde andaba. Esto divertía al organista, pero al propio tiempo no dejaba de mortificar su amor propio. Manifestaba, pues, su disgusto y su extrañeza al maestro Ratti, diciéndole que no había nunca abrigado la ilusión de parecer hermoso, pero que tampoco creía ser un monstruo con que se asustase á las niñas; y aunque no lo decía, pensaba que su prestigio de artista debería, por lo menos, atenuar el efecto desagradable que pudiera producir su mala facha.

—Pero es inútil—continuaba diciendo;—por más que la mire yo con gran dulzura, cuando me ve no parece sino que está viendo á Belcebú en carne y hueso. ¡Quién conseguirá nunca conocer bien á la mujer!...

Precisamente en esta conversación estaba un día en casa del maestro, cuando llegó un muchacho á llamar al organista de parte del cura; seguro de que se trataba de alguna de las habituales molestias de la capilla, el músico tomó malhumorado el sombrero y se alejó refunfuñando. Transcurrida una hora, vióle Emilio entrar de nuevo en su cuarto, echando fuego por los ojos.

—¿No sabe usted lo que me sucede?—fué su primera exclamación, no bien pudo respirar.—¡Una bribonada inaudita!

Y se enjugó la frente con el pañuelo.

El cura había comenzado por endilgarle un preámbulo obscuro, compuesto todo él de frases benévolas y al mismo tiempo ambiguas: se veía en la obligación de darle un consejo...; habían venido á solicitar su auxilio...; le dolía muy de veras encontrarse en aquella necesidad; pero, al cabo, había ciertos deberes ineludibles; se trataba del honor de una «señorita»... ¡Por vida de!... Por último, le había suplicado que cesase de «perseguir» á la maestra señorita Riccoli y que diese su palabra de honor de que sus «amenazas de violencia» no llegarían á realizarse. El organista, al oír esto, se había quedado con la boca abierta. ¿Persecu-

ciones? ¿Amenazas? Pero, señor cura, ¿usted está dándome una broma?

—¡Oh! no, señor; aquí tiene usted el documento.

Y al decir esto habíale entregado una carta firmada con sus iniciales, una declaración de amor entrañable, en la cual decía él, entre otras muchas cosas, que no podía soportar más la «aversión» que la maestra le manifestaba, y terminaba así:

«—Estoy decidido á todo, aún á lo imposible. No ha de detenerme temor alguno á la justicia humana ni á la divina...; así debiera yo, obtenido el triunfo, darme la muerte con mis propias manos, después de haber arrancado del piano las postreras notas de la desesperación.»

La clave del enigma estaba precisamente en esta frase última. La maestra había creído que la carta era del organista, y se había dirigido al cura para suplicarle que procurase apartar al músico de sus terribles propósitos.

—Yo—dijo á Emilio el organista,—di por toda contestación una carcajada. Luego le mostré mi letra, que en nada se parece á la letra de la carta; díjele después que me mirase bien á la cara para ver si le parecía yo suficientemente sandio para escribir aquella niñerías estúpidas de estudiante de gramática, y al cabo se me subió la sangre á la cabeza. No estaba bien eso de creer á pie juntillas en aquella bufonada estólida que tendía á desacreditar á un hombre honrado. Todos me conocen hace ya muchos años. Comprendo perfectamente que no simpaticen con mis opiniones políticas; pero no que me tengan, á un tiempo mismo, en concepto de un tunante y de un asno. Díjele también que ya descubriría yo de dónde había partido aquel tiro, y que haría un escarmiento del cual habían de contar algo los periódicos. Por último, el cura le había creído, y hasta, después de leer otra vez la carta, se había echado á reír; luego la había colocado en un cajón de su mesa, negándose en absoluto á entregársela al organista, temeroso de que éste pudiera utilizarla para practicar averiguaciones.

Pero el organista añadió que las practicaría de todas maneras, y tenía esperanza de obtener buen resultado.

—Debe de ser—dijo,—alguno de la tertulia del alcaide, de esos que se dejan coger los dedos en las cajas de cigarros. Allí debe de haberse fraguado la cosa. «Así hubiese yo de matarme sobre mi piano...» ¡Payaso imbécil! ya te haré yo bailar una polka sin piano... Pues y á esa horriquilla de maestra, que había creído á ojos cerrados lo que decía la carta y había ido á denunciarle al momento, ¿no debería decirle también cuatro palabritas al alma para enseñarla á vivir en el mundo, ya que debía de tener la muela del juicio?

Emilio Ratti instó mucho y con gran calor al organista para que desistiese de dar ese paso. El músico se contentó, tomando de la joven una venganza con la sentencia siguiente:

—Estas doncellitas asustadizas que tienen miedo á todo, querido maestro, son siempre las primeras que caen, porque precisamente su gran miedo procede de que no se sienten con fuerza bastante para resistir. Oiga usted bien mi vaticinio: la señorita Riccoli partirá muy pronto de Bossolano... y partirá muy diferente de como ha venido.

UNA APARICIÓN

No perdonó el cura esfuerzo alguno para convencer á la señorita Riccoli del engaño; pero se consideró obligado á hacer algo más: encargó á la inspectora de conseguir amistosamente que comprendiese la señorita cuán bien haría en lo sucesivo conteniendo un poco aquellos temores suyos que, en el fondo, redundaban en desprestigio del pueblo. La señora, que era, como tantas otras, una mezcla delicada de gracia y de malicia, cumplió el encargo con habilidad y de todo corazón, reuniendo una serie de frases llenas de miramientos y de sutilezas, por efecto de las cuales la joven comprendió que estaba muy puesto en razón el tranquilizarse. Pero tuvo la maestra al mismo tiempo casi casi las amarguras de una desilusión, porque con

aquel gran miedo de la joven, miedo sincero indudablemente, iba mezclada, sin embargo, cierta dosis de vanidad femenina, á la cual esa idea continua del peligro proporcionaba una ligera embriaguez misteriosa.

Solamente que en los mismos días sobrevino otro acontecimiento que le hizo poner en olvido de pronto aquellas amarguras.

Salía la maestra, después de la lección de la tarde, de la escuela situada fuera de la plaza, en un callejón que desembocaba en el campo, y saludaba á sus niñas detrás de las nubes de polvo que levantaba un viento fuertísimo, cuando vió aparecer ante ella á una señora alta, de semblante vulgar y amenazador, con los cabellos grises que le salían esparcidos por debajo de un sombrerito extravagante; la tal señora, cuyo traje completaba un chal colocado al través, clavó los ojos en la maestra y le dijo:

—¡Ah! ¿Conque usted es la que han colocado en mi puesto? ¡Buen botón de muestra por cierto! ¿Y usted no sabe que esta escuela es mía?

Desde el principio comprendió la maestra que aquella mujer era la señora Bargazzi, y el terror la dejó como clavada en aquel sitio; las niñas se agruparon para oír. La recién llegada, al ver la palidez de la joven, palidez que atribuyó, no al miedo, sino á indignación ó á desprecio, se exasperó más, y acercándose á ella, le gritó:

—¡Ah! Se me pone usted pálida... Muy bien hecho... He venido para hacer que prevalezcan mis razones. ¡Valiente sustituta me han buscado! Precisamente una de estas lambrijillas de ahora, que sólo piensan en parecer bonitas. ¡Qué vergüenza! ¡Quitar el pan á una pobre mujer!

Al oír estas palabras, la joven retrocedió y se apoyó en la pared, como sintiéndose próxima á desmayarse; gritaron las niñas; algunas mujeres acudieron á sostener á la joven é increparon á la señora Bargazzi, que entonces perdió por completo los estribos. Bajaba en aquellos momentos del otro piso la señora Marticani, y verla la Bargazzi y dirigirse á ella, todo fué uno.

—¡Ah!—gritó.—Tengo también muchísimo gusto en ver á usted. También tengo que ajustar algunas cuen-

tas con usted, señora, que ha sido una de las más encarnizadas en la tarea de minar el terreno bajo mis pies. Dígame usted, señora, hágame el favor de decirme en qué mundo se encuentra su bendito marido, que, hasta ahora, nadie ha tenido la honra de verlo. ¿No ha podido usted aún encontrar alguno de alquiler para salir del paso?

La maestra señora Marticani lanzó al oír esto un grito furioso de dolor y de angustia.

—¡Ah, infame! ¡Más que infame!

Y trató de arrojarle sobre la Bargazzi; pero algunas mujeres la contuvieron, sobrevino más gente, y luego más, y comenzaron á oírse gritos:

—¡La Bargazzi! ¡La Bargazzi!

Esta, aprovechando una furiosa ráfaga de viento, que obligó á todos á cerrar los ojos, desapareció entre remolinos de polvo.

La noticia de lo acaecido alborotó el pueblo. El alcalde ordenó la búsqueda de la Bargazzi por todas partes, pero fué inútil: su domicilio antiguo estaba cerrado; nadie la había visto ni en aquellos alrededores, ni en ninguna otra parte. Debía de haber caído á modo de aerolito sobre Bossolano poco antes del suceso, y haberse escondido después con el propósito de preparar algún otro escándalo. Entre tanto la pobre señorita Riccoli, enferma del susto recibido, se había visto obligada á meterse en cama, y la acompañaban las madres de dos discípulas suyas. No bien lo supo la señora del inspector, corrió á visitarla, verdaderamente inquieta, y en casa del alcalde describió aquella misma noche, con frases sinceramente cariñosas, el lindo cuadro que ofrecía en un lecho sencillo, en medio de sus niñas, aquella pobre muchacha, aún temblorosa, con aquella carita, que antes parecía de alumna que de profesora; ¡y qué compasión daba el oír la preguntar si la dejarían en su puesto después de haberla hecho representar tan triste papel, en presencia de todos, y por el cual se consideraba deshonrada! En toda aquella noche la maestra señora Bargazzi fué el asunto único de las conversaciones. Algunos preguntaban al juez municipal qué providencias podrían adoptarse, y si había en aquello materia suficiente para

intentar un proceso por difamación é injurias con publicidad. Discurrían otros acerca de dónde, cómo y por quién la reo habría podido ocultarse. Todos estaban reunidos en el salón. Advertíase cierta inquietud en todas las caras. Observó el maestro que todos miraban á hurtadillas hacia las ventanas, desde las cuales se descubría la plaza completamente oscura. El mancebo que debía de tener el encargo de vigilar la plaza desde la puerta de la botica, asomábase de vez en cuando al salón, y cambiaba una mirada con el alcalde. Después no apareció más. Todos se tranquilizaron. La conversación comenzó á animarse. Pero de pronto, como un cuarto de hora antes de terminar aquella velada, cuando ya la botica estaba cerrada y la plaza desierta, oyóse un golpazo en los cristales de una ventana, abrióse la puerta vidriera, y penetró en la sala un grito ronco:

—¡Justicia, señores! ¡Devolvedme mi pan!

Prodújose entonces un desorden espantoso. Todos, como movidos por un resorte, se pusieron de pie. El alcalde se lanzó á la ventana, las señoras escaparon al saloncillo, los demás salieron de la casa. Pero ya la maestra se hallaba en medio de la plaza, donde tornó á sus gritos:

—¡Quiero justicia! ¡Quiero que me devolváis mi pan! ¡Caterva de tunantes! ¡Canallas! ¡Ladrones del pueblo!

El mancebo de la botica, el juez municipal y otros dos ó tres se lanzaron en persecución de la maestra: ella huyó; persiguiéronla dando vueltas alrededor de la plaza, completamente oscura, como si estuviesen jugando á la gallina ciega; entre tanto en algunas ventanas aparecieron luces, y de varias casas salieron bastantes personas, y todavía por algunos minutos, sobre el murmullo de los curiosos que corrían, continuaban oyéndose los gritos de la maestra: «¡Mi pan! ¡Justicia! ¡Hato de ladrones!» hasta que, como Dios quiso, un carabinero logró cogerla y conducirla al juzgado municipal, donde fué acometida la Bargazzi de horribles convulsiones. Sumariamente, allí mismo, al aire libre, celebraron consulta las autoridades; y considerando que lo mejor que podía hacerse para salvar

la honra del Municipio era considerar á la Bargazzi como demente, adoptaron sólo la determinación de hacerla acompañar al contiguo pueblo de Cupia, donde tenía una hermana; después ya se veía lo que debía hacerse. El médico rubio fué el encargado de cumplimentar el acuerdo; la maestra, que después de aquellos accesos de furia había caído en una postración melancólica, se dejó persuadir sin dificultad á salir en compañía del médico; á la mañana siguiente «el orden reinaba en Bossolano».

EL MARIDO MISTERIOSO

Este suceso desagradable ocasionó un segundo acontecimiento, que aún produjo mayor impresión en el vecindario. Dos días después, cuando el maestro Ratti salía de la escuela, vió venir hacia él, como de costumbre, á la señora Marticani en busca del chico; pero traía una cara y un paso que revelaban una resolución tomada y una noticia recibida. Efectivamente: no bien estuvo Emilio al alcance de su voz, gritó la maestra: —«¡Viene mi marido!» y casi casi le faltó la voz, como si hubiese anunciado un trastorno del mundo.

Luego que recobró el aliento, la buena señora explicó de qué modo, la escena ocurrida dos días antes, la había obligado á telegrafiar á su marido que viniese á toda costa y á cualquier precio, aunque fuese por dos horas solamente. «Ya comprenderá usted—dijo,—que después de las infames palabras que pronunció aquella mujer malvada en medio de la calle y delante de tanta gente, yo estaba en la precisión de decidirme á obrar. Mis discípulas han oído; sé que aquellas palabras han sido repetidas, y que las malas lenguas habían comenzado nuevamente su labor difamatoria. Ya puede usted figurarse lo que siento arrancar á mi marido de sus ocupaciones, máxime cuando ahora tienen en Turín tanta necesidad de él como del brazo derecho. ¿Pero qué otra cosa podíamos hacer? ¿Era posible que yo anduviese dando vueltas por el pueblo con la partida de casamiento en la mano? ¿Rebajarme hasta ese extremo? Así lo verán de una vez

para siempre y serán todos humillados. ¡Quiera Dios, como yo se lo pido, que aquel hombre tan vehemente, tan celoso para cuanto se relaciona con el decoro de la familia, al venir aquí no se deje arrastrar á cualquier acto!... Sólo de pensar en eso me estremezco... Inmediatamente después de haber telegrafiado, le escribí una carta suplicándole que viniese con serenidad de ánimo y dispuesto á realizar el esfuerzo necesario para dominarse. Espero que me oirá; pero si se le hinchan las narices, buena la habremos hecho. Entre tanto... cerrará las bocas de estos maldicientes. Y después, terminado ya todo, las personas que más han trabajado para propagar y dar cuerpo y mantener viva la calumnia—que son precisamente personas de «elevada posición» en el pueblo—usted me comprende, ya verán, ya verán. Yo encontraré modo, acudiendo al señor senador, á su tiempo, por de contado, sin que puedan comprender de ninguna manera de dónde les viene el golpe, de que se arrepientan más que de sus propios pecados. Mi marido llegará en la mañana del domingo. Si usted honra mi casa visitándome, tendré mucho gusto en presentárselo. Estoy seguro de que no le desagradará «haberlo conocido de cerca.»

La noticia de aquella llegada circuló con rapidez y se esparció por todas partes; súpose desde el día anterior que la pareja conyugal iría á misa de once para ser vista por todos; y algunos de los que habían negado en voz alta la existencia del marido, experimentaban cierta inquietud, calculando que ese desconocido podría ser un pedazo de hombrón iracundo y brutal, á quien su mujer impulsaría á vengarse. Pero ¡qué desengaño! Al aparecer el marido, que se presentó en la iglesia dando el brazo á su mujer y la mano á su hijo, en todas las bocas se dibujó una sonrisa y circuló un rumor de asombro por todas partes. El marido vengador tan anunciado era un pobre hombrecillo de cincuenta años, no muy bien «trajeado», y que llegaba con la cabeza un poco más arriba del hombro á su mujer; un semblante benévolo y humilde, colocado no del todo correctamente sobre unos hombros ruines, y sonriendo constantemente, con la sonrisa vaga de

la persona medio dormida. Mientras duró la misa, como el pobre señor se viese blanco de todas las miradas, no hizo otra cosa que contemplar sus mangas y las puntas de sus pies, dando vueltas maquinalmente, entre los dedos pulgar é índice, al mango de una pipa de madera negra que asomaba por el bolsillo del chaleco; á la salida correspondió con mucha cortesía y muchas sonrisas obsequiosas á cuantos saludaron á su mujer. Durante aquel día apenas se habló en el pueblo de algo que no fuese el marido de la señora Marticani. En resumidas cuentas, el marido era... no precisamente un marido, una reducción, un fragmento de marido; casi no valía la pena de haberle hecho venir: ¿dónde habría ido la señora Marticani á sacar aquel escrupulo de hombre? En conjunto, resultaba una figura muy cómica. Los que no le habían visto por la mañana, salieron adrede por la tarde, á la hora de pasear por la plaza, para verlo á la luz del sol. En el paseo estaba, de bracete con su mujer y llevando al niño de la mano; algo encorvado y sonriendo siempre, mientras ella iba con la cabeza muy alta y con gran seriedad. Sí; el efecto escénico del grupo, después de haber esperado tanto, parecía á los maliciosos un poco mezquino; «es casi un fiasco» se decían unos á otros, y se preguntaban qué clase de «puesto elevado» podía ocupar en la administración del reino aquella personilla, que representaba la imagen de la miseria ofi-nesca más caracterizada. Y á pesar de todo, no podían reirse de veras. Muchos de los que, por ligereza y acaso sin darle crédito, habían propagado la calumnia, avergonzábanse ahora en secreto, mirando al pobre hombre á quien habían obligado á realizar un sacrificio pecuniario para venir á exhibirse; aquel niño que tanto tiempo había sido tratado como bastardo, aquella infeliz maestra, que aun siendo, como era, algo vanidosa; aún dando algunas palmetillas á las alumnas; aún exigiendo quizás demasiado de las niñas pobres, relativamente al aseo y á las apariencias, en el fondo, se esmeraba en la enseñanza, y quería mucho á su hijo, debía de ser también buena esposa, sin duda, porque estaba orgullosa de su marido, tal cual él era, sin sospechar remotamente que podía producir

impresión tan distinta de la que ella había previsto. ¡Cuántas y cuántas cosas feas se habían pensado y se habían dicho de aquellos tres seres, á los cuales la imperiosa necesidad de atender á la subsistencia obligaba á vivir separados; y muy particularmente de los dos más débiles, que no pedían sino que se les dejase comer el pedazo de pan ganado con honradas fatigas! Sucedió, por consiguiente, que muchos, dominados por este pensamiento, impulsados por cierta especie de remordimiento, saludaban á la maestra y á su marido con respeto inusitado. Notólo Emilio Ratti, y se alegró mucho. Porque casi todos somos así: se nos ensancha el alma cuando, al estudiar los procederes de una multitud de prójimos nuestros, reconocemos que no todos son tunantes ó bellacos.

UN DOLOR GRANDE

En tanto que sucedían todas esas cosas, Emilio Ratti había conseguido intimar con el maestro señor Delli, sobre todo en los días de la enfermedad de éste. Mientras duró la dolencia iba Ratti todos los días á casa de su compañero para enterarle, según éste deseaba, de las novedades de su escuela. Emilio quedó maravillado, la primera vez que estuvo allí, del buen orden, del aseo que reinaba en aquella cáscara de nuez, y, más que de todo, de la alcoba conyugal, en la cual, y aprovechando una extensión reducidísima que quedaba entre la pared y la cama, habíase formado el maestro una especie de estudio, con una mesita y varios estantes, en los que se veían, perfectamente ordenados, libros de texto, paquetes de cartas, registros, colecciones de periódicos profesionales. También el comedor, pequeñísimo, estaba atestado con objetos de escuela: cartas geográficas en mal uso, certificaciones de méritos, el almanaque del año corriente; había, entre otras cosas, un plano, con su marco, del nuevo edificio de la escuela, y un retrato de Vicente Troia. El señor Delli trabajaba también en la cama. Los niños penetraban en la alcoba de puntillas, lo mismo que en la escuela, y después de terminado su trabajo

ayudaban á la madre en los quehaceres domésticos. La madre hacía de enfermera, de cocinera, de doncella, de lavandera y de pasanta.

El ansia que echó de ver Ratti en aquellos tres rostros, durante los primeros días, mientras pareció peligrosa la enfermedad de aquel hombre, cuyo trabajo era la vida, cuya salud era la fuerza de todos, le entristeció. Cuando el médico aseguró que la dolencia era leve, y sobre todo cuando vió levantado á Delli, sintió Emilio como si le hubiesen quitado un peso grande del corazón. Lo muy poco que había hecho por su colega, la parte que había tomado evidentemente en la ansiedad de la familia, y su aspecto y sus modales corteses, conquistaron á Ratti la más viva simpatía de la mujer y de los niños, y obtuvieron para el joven en pocos días un cariño de amigo antiguo, á quien se pudiera decir todo. Sólo el señor Delli, después de haber dado á Emilio las gracias con palabras afectuosas y cordiales, no varió su conducta con respecto al colega; continuó siendo lo que desde el principio había sido: atento, pero sin expansión, y prosiguió sin hablar de cosas que no fuesen de la escuela, y solamente cuando Emilio le preguntaba.

He aquí que apenas levantado de la cama el padre, cae el hijo con la escarlata, y que de pronto se agrava la enfermedad. Emilio Ratti tuvo nueva ocasión de admirar á los individuos de aquella familia, preparados todos y siempre para afrontar los dolores y los peligros sin lamentos inútiles, ni acto ni indicio alguno de debilidad. En casos semejantes redoblaban todos su actividad, todos obraban rápidamente y de común acuerdo, como si fuesen las ruedas de una máquina, y en aquella casa, no obstante su pobreza, no faltaba jamás ni una sola de las mil cosas insignificantes de que se ha menester en casos de enfermedad, y que tan á menudo faltan en las casas de familias bien acomodadas, donde sobra acaso el dinero y la previsión escasea. El señor Delli no dejó de asistir á clase. Por la noche, como el niño quería tenerlo cerca de sí, corregía con lápiz, sobre los bordes de la camita del enfermo, los trabajos de sus alumnos. Era conmovedor el ver cómo aquel pobre niño, á pesar de la calentura

terrible que le abrasaba, parecía feliz con las muestras de cariño inusitado que le daba su padre, habitualmente seco, y con qué afán, para más contentarle, le preguntaba qué trabajos había dado aquel día, qué pensaba explicar el siguiente, y si había ocurrido algo de nuevo en la clase. Cierta día la fiebre fué altísima: todos estuvieron en constante zozobra, ninguno de ellos durmió aquella noche; el señor Delli trabajó hasta el amanecer en el comedor, levantándose á cada minuto para ver al enfermo, que lo llamaba. Pero la crisis fué vencida. El padre no expresó con palabras su alegría; solamente se aclaró un poco su rostro, sobre el cual se echaba de ver, hacia algunos días, una especie de sombra permanente. Pero Emilio Ratti notó que lo mismo Delli que su mujer debían de tener todavía otra pena secreta, además de la enfermedad de su hijo, porque en otro caso pareciale que, la madre al menos, habría manifestado más gozo por el alivio del enfermo. Emilio la miraba á menudo; ella lo advirtió. Una mañana, en fin, la madre, acongojada, le confió sus penas. Las últimas noticias recibidas de su hijo Norberto, el que estudiaba en el Instituto de Turin, no eran nada satisfactorias; parecía que, de algún tiempo á esta parte, se había abandonado un poco en el estudio; las notas obtenidas en el último trimestre habían sido inferiores; sus cartas eran breves, confusas, escritas—y eso se echaba de ver á la legua,—por fuerza, para cumplir; sin verdadera sinceridad, sin cariño verdadero. La madre no acertaba á comprender esto. Norberto era un joven muy vivo, muy predisuesto á distraerse, y hasta, si se quiere, algo ligero; no había hecho, sin embargo, jamás ninguna travesura grave; siempre había estudiado, demostrando que comprendía muy bien los deberes impuestos por la vida de sacrificios que su padre llevaba por su causa. ¡Dios no permitiese que se hubiera maleado aquel muchacho, en el que su padre fundaba tantas esperanzas! El mismo le había educado é instruído; habíale consagrado durante años y años todo el tiempo que la escuela le dejaba libre, hasta escribirle por sí mismo, de su puño y letra, trataditos, prepararle cuadernos y tablas sinópticas para facilitarle los estudios; y ade-

más de todo esto, ¡qué ejemplo le había dado! ¡Si de un joven educado de aquel modo y por un padre como el suyo no se obtiene buen resultado, era cosa de renegar para siempre de la educación! ¡Santo Dios! ¡Y decir que habían transcurrido ya diez días sin recibir contestación á una carta del padre que exigía respuesta inmediata! Ratti procuró tranquilizarla con los razonamientos usados en casos parecidos; pero la señora no se tranquilizó.

—Qué quiere usted que le diga, señor Ratti—dijo interrumpiéndole;—tengo presentimientos muy tristes.

Era la mañana de un jueves, dos días después de aquella conversación, cuando bajó la niña con el semblante trastornado para decir al maestro señor Ratti que subiese en seguida á ver á su madre. Emilio subió en cuatro saltos y encontró en el comedor á la señora de Delli, que lloraba desesperadamente, sentada cerca de la mesa, y tenía en la mano una carta. El señor Delli estaba fuera; el niño aún seguía en cama; la niña, á una seña de su madre, se retiró; la señora Delli corrió entonces á cerrar la puerta, y volviéndose al maestro, rompió en sollozos que parecían desgarrarle el pecho. No tuvo tiempo Emilio de concluir una pregunta, porque la acongojada señora se anticipó á entregarle la carta que tenía en la mano, diciéndole:

—Usted es un hermano para nosotros; á usted me confío: lea usted, lea usted, y después vea si puede darme un consejo, porque me vuelvo loca.

Era una carta certificada dirigida á la señora Delli por la patrona de su hijo, una señora Beisson conocida suya; ésta, después de una larga introducción llena de frases de «condolencia» (1) y de consuelos anticipados, le revelaba, sin detenerse en pormenores: que habían «venido á faltarle» 250 pesetas, lo cual no había echado de ver hasta unos dos días antes, y de qué manera

(1) El vocablo *condolencia* no se halla en el Diccionario de la Academia; pero considero necesario emplearlo para expresar la idea del autor, y creo que, admitido el verbo *condolerse*—que en efecto la docta Corporación admite—se justifica el uso de esta palabra. (N. del T.)

había logrado descubrir pocas horas después, que poco antes las había «tomado»; con intención de restituir las sin duda, su hijo Norberto, el cual, de algún tiempo á esta parte, iba dejándose arrastrar por malas compañías; que el hijo mismo, preguntado por ella á solas, había confesado la «imprudencia» con una sinceridad que le honraba mucho, y que se había mostrado pesadoso y arrepentido; que ella, por su parte, quería haber ocultado el hecho hasta á los padres, como lo había ocultado á todos, de lo cual le daba su palabra de honor; pero como aquella suma había sido gastada y ella se encontraba escasa de fondos y ahogada por necesidades apremiantes, se veía en la dolorosa necesidad de suplicar á la familia que la reembolsase; lo cual, conociendo á las personas con quienes trataba, estaba segura que habria de hacerse lo más pronto posible. Concluía diciendo que había considerado más prudente escribir á la madre, por si acaso creía ésta oportuno callar el hecho á su marido; pero que de todas maneras rogaba al uno y al otro que no se afligiesen más de lo razonable, pues sólo se trataba, al fin y al cabo, de una ligereza propia de la juventud, que no tenía importancia alguna, y que permanecería ignorada por todos.»

Apenas hubo leído la carta Emilio, pensando en el padre sintió una sacudida en el corazón, y su aturdimiento acrecentó la desesperación de la infeliz madre.

—¿Ha leído usted?—le gritó recobrando la carta y estrujándola entre las manos. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Debía sucedernos una cosa así... á nosotros? Pero dígame usted si es posible... ¡Mi Norberto! ¡Mi hijo! ¡Ah! Si llega á saberlo mi marido... yo preferiría mil veces morirme! ¿Qué haremos? Por fortuna no estaba él en casa cuando ha llegado la carta. Dígame usted, señor Ratti, ¿qué debo hacer? Siento que voy á trastornarme. ¡Si todavía me parece que no es verdad! ¿Dónde puedo encontrar 250 pesetas? Para nosotros son la ruina. Y es menester enviarlas inmediatamente. ¡Ah, Dios mío! ¡Dios de misericordia! ¡Ten lástima de nosotros!

—Es necesario que su marido de usted nada sepa—respondió resueltamente el joven.—Esconda usted esa

carta. Tranquílcese un poco. Yo buscaré el dinero. Se remediará todo. Pero lo primero y principal es que su marido no sepa nada.

—Es usted nuestro salvador—dijo sollozando la señora.—¿Qué debo hacer?

—¿Cuánto tardará todavía el señor Delli?—preguntó Ratti.

—No lo sé—respondió ella angustiada.—No me ha dicho dónde iba; puede ser que de un momento á otro...

Y se precipitó para mirar por la ventana; pero de pronto quedó como clavada al oír que la llave daba vuelta en la cerradura. Delli entró, saludó á Ratti, entregó á su mujer el sombrero, y se fué en derecha á la alcoba del chico. Los otros le siguieron, cambiando rápidamente una mirada. Pero Emilio tembló al ver lo cambiado que estaba el rostro de su colega. Delli se acercó á la cama, puso la mano en la frente del niño, que le dirigió una sonrisa; después miró el rostro de su mujer, y la dijo:

—Has llorado; ¿qué tienes?

La esposa señaló con la mano, que temblaba, al niño, y respondió:

—Ya puedes figurártelo. Siempre tengo miedo á una recaída.

—No es eso—dijo Delli.

—Pues no tengo otra cosa—replicó la mujer.

—¿Por qué—preguntó el marido después de una pausa,—no me dices la verdad?

Y al decir esto, su mirada era tan fija y tan profunda, que la mujer se aturdió y contestó presurosa:

—Pues bien: Norberto ha jugado.

Delli calló un instante y lanzó una mirada á su compañero, que buscaba afanosamente, sin hallarlo, un medio para evitar una confesión completa. Después preguntó con mucha tranquilidad á su mujer:

—¿Quién te lo ha escrito?

—Me lo ha escrito... la señora Beisson—respondió la madre.

—¿Por qué ocultas la carta?

La pobre mujer, que tenía la carta estrujada en el

puño, respondió aturdidamente como un culpable, y sin saber fingir siquiera.

—Por no entristecerte. Ya he contestado. Yo no quería decirte nada. ¿Para qué? Eran cuatro líneas. Ya la he quemado... de veras.

—Dámela—dijo el marido tendiendo la mano.

La señora titubeó un instante; después, con voz de moribunda, murmuró:

—Se trata de una cosa... más grave.

A estas palabras siguió un minuto de silencio terrible.

Después, una voz que ella no había oído en toda su vida, resonó en el cuarto y puso frío de muerte en el corazón de la acongojada madre:

—¿Ha robado?

La madre rompió en sollozos, cubriéndose el rostro con las manos. Emilio se lanzó á su compañero, y sacudiéndole con fuerza el brazo, le gritó:

—No, no ha robado... es una ligereza... no pienses en eso.

Pero la carta se hallaba ya en las manos temblorosas del maestro, que la leía con una expresión de atención profunda, alterándose el rostro por grados, como un padre que, imposibilitado de moverse y de gritar, viese á un hijo suyo ponerse una pistola en la sien y oprimir lentamente el gatillo. Cuando concluyó de leerla, dirigió los ojos espantosamente dilatados hacia su mujer, ésta echó los brazos al cuello de su marido, y estrechándose contra su pecho, continuó llorando.

El marido se desprendió con suavidad de aquellos brazos, y permaneció pensativo. Una expresión de infinito desaliento habíase extendido por su rostro, como si en aquellos pocos minutos hubiese envejecido veinte años. De repente dijo:

—Voy á Turín.

Su mujer, muy tímidamente, y sin atreverse á mirarlo, le preguntó:

—¿Y el dinero?

Delli no respondió. Emilio se apresuró á decir:

—En eso ya pensaré yo.

—No es necesario—replicó con firmeza su compañero.—Te buscaré pronto para otra cosa.

—Gracias, Ratti.

Y llevó el índice á su labio, indicándole que guardase silencio con todos. Pero Emilio, lanzándose fuera de la habitación, pensó de repente en buscar el dinero. El joven solamente poseía ahorrado un centenar de pesetas, que había ido separando para el viaje á Turín; pasóle por la imaginación recurrir al géometra, fingiendo que lo pedía para él. Pero no había llegado aún al primer tramo de la escalera cuando le ocurrió otra idea, y llamó á la puerta del organista.

La puerta se abrió, y apareció delante del joven aquella caraza afeitada, sería como no la había visto nunca; el músico le dijo en voz baja:

—Entre usted. El muchacho está aquí.

El maestro creyó haber oído mal; tan extraño le pareció el hecho.

—Está aquí—repitió el organista siempre en voz baja y señalando el cuarto contiguo. Lo sé todo. El mismo me lo ha confesado. El «pobre muchacho» ha corrido á pie desde Turín hasta casa con el propósito de anticiparse á la carta y arrojarle á los pies de su padre. Pero al llegar á mitad de la escalera se ha apoderado de él tal espanto, que se ha escondido en mi cuarto, suplicándome que le ocultase. Me ha dado lástima y lo he recibido. Después la hubiese emprendido con él á puntapiés y pescozones. Pero, sabe usted... el huésped es sagrado.

Emilio le dijo que el padre ya lo sabía todo.

El organista lo había sospechado, al oír que la señora lloraba. Y mientras decía esto, de pie, delante de su piano, se rascó la cabeza, mirando con fijeza al techo. Después siguió diciendo:

—¡Y que precisamente haya sucedido esto á un hombre como Delli! ¡Esta es la justicia que hay en el mundo! Estas cosas, por ejemplo, no las hacen jamás los hijos de los ladrones. Que se me diga si á una sociedad organizada de este modo puede dársele un semestre de vida. Con este motivo explicó las razones próximas y remotas de aquella falta: no era una mujer, no; eran las mujeres. Un mocetón lleno de

vida y de fuerza, que había vivido hasta los diez y siete años... como dicen que se debe vivir, no bien hubo probado el fruto prohibido, perdió la cabeza y se lanzó á él como un salvaje hambriento. Pero como se trataba de frutas que se compran en el mercado, y como el muchacho solamente poseía la bolsa que puede poseer el hijo de un maestro...

—¡Ah! ¡Pues la ha hecho buena!—exclamó blandiendo el puño.—A un padre como el suyo no debía haberle proporcionado semejante golpe, no... La liquidación social... está muy bien; pero... ¡caramba! es necesario distinguir...

Emilio le atajó la palabra para decirle que había ido á su casa para solicitar un favor.

—Ahí lo tiene usted—respondió el organista sin volverse y sacando del bolsillo un paquete.

Emilio le besó en la mejilla.

El organista se limpió la mejilla con la mano y dijo:

—¡Bah! Eso nada vale. Dar dinero á Delli es para mí como dárselo al «Banco Nacional».

Y le indicó que lo llevase pronto.

Emilio subió las escaleras en un vuelo, entró con presteza, halló á los esposos en el primer cuarto, y sofocado por la emoción, tendió el dinero sin decir una palabra.

Delli no lo aceptó.

—Gracias, Ratti—le dijo con tranquilidad;—no me olvidaré nunca de esto. Pero no lo necesito; y le mostró un paquetillo de billetes atados con balduque rojo.

De cuántas fatigas y de cuántas privaciones eran fruto, él solamente lo sabía.

—Cuanto antes—siguió diciendo,—ve á dar noticia de mi marcha al señor alcalde y discúlpame con él; dile que volveré mañana.

Emilio Ratti salió de pronto, pero con el firme propósito de hacer primeramente otra cosa, que debía concluirse al instante; presentar el joven al encuentro de su padre, para que le llevase nuevamente á Turín. Entró, pues, en casa del organista, le devolvió el dinero, y le explicó lo que pensaba. El músico penetró

en la estancia contigua, y poco después salía de ella con el muchacho, un mozuelo simpático, muy parecido á la madre, pálido, con los ojos tristes y las ropas descompuestas y llenas de polvo.

Un momento después se oían los pasos del padre que bajaba los peldaños de la escalera.

—¡Valor!—dijo el organista al muchacho impulsándole hacia fuera, y que muera yo colgado de un árbol si vuelvo á encontrarme en una escena semejante.

Salieron los tres; el señor Delli estaba tres peldaños más arriba del descansillo, con la maleta en la mano; el hijo cayó á sus pies como derribado por un puñetazo vigoroso aplicado á la nuca, y se abrazó á sus piernas sollozando, sin pronunciar una palabra. El padre palideció; como inconscientemente hizo un movimiento de repugnancia; miróle después con expresión de tristeza infinita, y le dijo:

—Ve á saludar á tu madre.

El muchacho volvió á su casa; oyóse pronto un grito agudo. Era el grito de la lástima y del perdón. Después el joven tornó á bajar de prisa, y desapareció detrás de su padre.

Este regresó á su casa en la tarde del día siguiente; Emilio Ratti fué á visitarlo; pero el padre no habló ni del hijo ni del viaje. Tampoco la madre habló de esto. El joven nada preguntó. Hablaron todos de otras mil cosas; tristemente, pero con firmeza y como si nada hubiera sucedido.

CONSECUENCIAS

Ni al día siguiente, ni en ningún otro, el señor Delli habló más del triste suceso, ni aludió nunca al hijo ausente; se volvió más taciturno, y pareció como si se encerrase más profundamente aún en su escuela. Para reponerse hubo de aceptar cuantos medios se le presentaban de ganar algo: lecciones á campesinos domiciliados á media legua del pueblo; repasos á criados y dependientes que deseaban abrir tienda; á un hijo del carnicero, medio imbécil, á quien Emilio Ratti había expulsado de su escuela. No le quedó ni un

cuarto de hora de descanso en todo el día; renunció hasta á su visita diaria al edificio de las escuelas nuevas. Corrigió con lápiz los trabajos de sus alumnos, mientras iba de una parte á otra. Redobló al mismo tiempo su diligencia en la preparación de las lecciones, en la elección de temas, y en las anotaciones que solía hacer todos los días, de cualquier idea propia ó ajena, leída ú oída, que le pudiera servir en la enseñanza. A su mujer le daba que pensar aquel aumento de trabajo, que casi lo separaba por completo de la familia, y un día dijo á Emilio Ratti con profundo dolor:

—¡Ah! Ya no es el mismo; ya no es el mismo.

Emilio trató de consolarla diciendo que precisamente el dedicarse con tal ardor á la escuela y al trabajo era buena señal, pues significaba que había olvidado. Pero la señora, moviendo la cabeza melancólicamente, respondió:

—No ha olvidado; no.

Sin embargo, lo parecía.

En las rápidas conversaciones que algunas veces sostenía con Emilio, hablaban de asuntos profesionales con una amplitud y una lucidez de ideas y con una abundancia de conceptos nuevos que maravillaban al joven, como manifestación de facultades que hasta entonces no había conocido en su compañero. Dejábale éste alguna vez arrastrar, como nunca había hecho, á establecer comparaciones admirables entre inteligencias y caracteres de alumnos que había conocido en largos intervalos de tiempo; á explicar cómo había adivinado y sacudido ciertos talentos perezosos ó tardíos; cómo había corregido algunos defectos del corazón; cómo había despertado ciertas voluntades, con ciertas industrias suyas exclusivamente, con ciertos esfuerzos de paciencia y de artes sutiles y amables, realizados con perseverancia, por largo tiempo, que á veces arrancaban al maestro Ratti exclamaciones de admiración y de entusiasmo. Después se reconcentraba en sí mismo y no volvía á decir una palabra en muchos días. Emilio admiraba á Delli y hasta le tenía agradecimiento, porque ennoblecía á sus ojos la profesión, porque le consideraba como un título vivo de gloria para su

clase; un maestro, en fin, á quien él recurriría con el pensamiento para oponerle en su corazón al desprecio que manifestaba tanta gente hacia sus cincuenta mil colegas, para poder decir, pensando en él, á los desdeseos: «Y sin embargo, hay entre nosotros hombres ante los cuales deberíais bajar la cabeza hasta el suelo.» Y aún le parecía más admirable al considerar que nunca mejoraría su situación, que muchos inspectores no le distinguirían entre otros mil maestros, que moriría desconocido, como un operario de minas, sin haber ganado en cuarenta años de honrado trabajo lo que gana un tenor en una semana.

ÚLTIMOS DÍAS

Pero Emilio Ratti vivió también casi retraído durante los últimos meses. Habíase publicado, en los primeros días de Mayo, un concurso para diez y seis plazas en Turín, y el joven había remitido inmediatamente su solicitud y sus documentos para tomar parte en los ejercicios, y desde entonces consideraba empeñada su honra para con el pueblo; se consagró á repasar con más empeño y mayor entusiasmo que nunca las ocho materias del examen que en el transcurso de ocho años había dejado y vuelto á tomar tantas veces.

El pensamiento de ejercer el magisterio en Turín donde tendría certeza de la estabilidad del empleo y podría concurrir á cursos universitarios, asistir á conferencias, visitar bibliotecas, frecuentar colegios y cultivar amistad con personas de cultura, sin más superiores que las autoridades académicas, estimulaba con impulso poderoso todas sus facultades, como la esperanza de una tierra prometida. Emilio se hallaba en esa edad tan propia para el estudio, en la que los ardores de la juventud se unen á la perseverancia de la edad madura y en que todavía se estima al mundo lo bastante para sentir deseos de elevarse á sus ojos, pero no tanto ya que sea un verdadero sacrificio el separarse de él para consagrarse por completo á los libros; en esa edad fecunda en la cual el hombre,

apercibiéndose para entrar en la segunda juventud, torna á encontrar, aunque de ordinario por poco tiempo, gran parte de las esperanzas y de los entusiasmos con que entró en la primera. Durante muchos años recordó Emilio Ratti, y las recordó con alegría, aquellas frescas mañanas de Bossolano, en las cuales se levantaba antes de que el día despuntara, para sentarse á la mesa del trabajo; aquellas horas de paz y de absoluta libertad de espíritu en las que al pensar en que trabajaba él solo en medio de un pueblo que dormía, y aún entre millones de hombres que todavía descansaban, parecía preceder al género humano en el camino del trabajo, ganar tiempo á la naturaleza, duplicar su propia vida, hermosas horas de laboriosidad fácil, silenciosa, no perturbada, antes estimulada, por los fantasmas de la noche y del amanecer, entre los cuales presentábase con nueva insistencia el rostro de Faustina Galli como anuncio misterioso de que volvería á verla pronto. Parecíale entonces innoble, absurdo haber buscado un día la embriaguez de la bebida, en vez de aquella de que gozaba entonces todas las mañanas con sus esperanzas y con sus libros. Enardecida su imaginación con el estudio, veía aparecer, desarrollarse, ensancharse en el horizonte la claridad blanca del día y pensaba con altivez que también en su mente amanecía de ese modo, y que acaso algún día aparecería el sol en ella.

Cuando partió para Turín, adonde le llamaba un oficio del ayuntamiento para el día veinticinco de Julio, todos le manifestaron cordialmente muy buenos deseos y le despidieron con una expansión que en ningún otro pueblo había hallado. Justo es decir que muchos por aquel entonces se hallaban en excelente disposición de ánimo. El cura había obtenido al cabo la subvención para labrar el campanario nuevo, y el geómetra hallábase trabajando con fervor en levantar el plano; decía que deseaba hacer una torre de Giotto en pequeño, «una monada de torre» que sería necesario guardar por la noche para que no se la llevarasen. El alcalde había sido «condecorado con las insignias» de la orden de la Corona de Italia. La inspectora había estrenado un vestido nuevo. El maestro señor Delli,

cuyo hijo mayor había obtenido buen éxito en sus exámenes últimos, comenzaba ya otra vez (y esta era muy buena señal) sus visitas diarias al edificio de las escuelas nuevas, al que solamente faltaba el enjalbegado. La maestra señorita Riccoli, ya muy curada de sus miedos, estaba también más contenta que antes. En la noche del día de su santo algunos jovencillos le habían dado bajo los balcones una serenata, respetuosamente bulliciosa, con flauta, ocarina y acordeón; y ella, dando una prueba de audacia extraordinaria, había sacado al alféizar de la ventana, bien que sin asomar la cara, vasos de refresco para los músicos, y había echado á la calle algunas flores, con las cuales parecía como si se hubiese querido arrojar de una vez para siempre sus temores baldíos y sus falsas imaginaciones. También la maestría saludó con afecto á su compañero. Por último, el mismo delegado, que había concluido por convencerse de que Emilio no era un «petrolero» (1) feroz, estuvo muy amable con él y hasta le dió algunos consejos paternales.

—Va usted, señor Ratti—le dijo,—á una gran ciudad; á un «medio ambiente» muy peligroso para un maestro joven. Esté usted en guardia. En Turín, dígame en contra lo que se quiera, existe un partido revolucionario terrible; es una ciudad minada de un extremo á otro. Procurarán atraer á usted á sus conciliábulos. Ya sé que han logrado catequizar á la mitad del Profesorado. Esté usted en guardia, le repito: muy despacio con los conocimientos nuevos... pocos amigos y seguros... lectura sana... Y sobre todo, guiar á la juventud hacia los buenos principios, porque solamente los ciegos y los traidores pueden negarlo: estamos al borde del abismo.

La última persona de Bossolano con quien Emilio Ratti habló, fué el organista; éste se hallaba muy contento con un nuevo hallazgo que había tenido. Un su amigo residente en Milán habíale enviado una colección del periódico «El Trasego de las ideas», del

(1) La voz *petrolero* es de uso tan general y frecuente, así en su significado recto como en el que aquí le da el autor, que no he vacilado en emplearla aunque—por olvido indudablemente y no por otra causa—esté omitida en nuestro Diccionario.—(N. del T.)

famoso Tito Livio Cianchettini, y estaba leyéndolo con gran fruición, porque encontraba, por aquí y por allí, expresadas sus aspiraciones con aquella vaguedad fantástica y amenazadora que tanto agradaba al músico. Sobre todo, le había entusiasmado una cosa: Cianchettini, después de haber buscado mucho tiempo dos vocablos que expresaran en una imagen significativa las dos grandes clases enemigas en que se divide la sociedad; después de haber adoptado sucesivamente, sin quedar nunca satisfecho, los términos «devoradores y devorados», «dominadores y dominados», «poseedores y poseídos», y otros análogos, había, por último, discurrido dos que, en su concepto, habían sido una ráfaga de genio:—«Tañedores» y «tañidos». ¡Oh! sí; las verdaderas palabras eran éstas: el mundo se halla propiamente dividido en «tañedores» y «tañidos»; nadie podía ya abrigar esperanzas de inventar nada más elocuentemente irónico y justo que esa división; y hacía ya dos semanas que el organista no empleaba más que esas dos palabras, diciéndolas á gritos cien veces en el café, en su ordinario coro de tañidos para poner miedo á los tañedores que oían. Decía que pensaba poner en sus tarjetas de visita: «Fulano de Tal, de oficio tañedor, de condición tañido». Y se reía hasta reventar de risa. Sobre este asunto versaron sus bromas en el último momento.

—Acaso—dijo á Emilio,—no nos veremos en mucho tiempo. Si así ocurre, tanto mejor; quiere decir que volveremos á vernos cuando esté «la cosa concluida». Y como él mismo había contado siempre á Emilio entre sus compañeros de conjuración, aunque éste nunca había hecho explícita profesión de fe adhiriéndose á las ideas del organista, le encargó que saludase á los «amigos» de Turín, sin decir cuáles, aunque dando á entender á todos los partidarios del «gran estallido» y enemigos del «barracón», en una palabra, «los tañidos». Dígales—le gritó,—que también nosotros estamos prontos, en los pueblos, y que cuando el gran día llegue nos encontrarán preparados á «tañer» á su lado... Y ¡vive Dios! que tañeremos.